



Morrone, Ariel J. "Nuevas líneas para el análisis del poder en las sociedades andinas prehispánicas y temprano coloniales" (Ensayo bibliográfico). *Surandino Monográfico, segunda sección del Prohal Monográfico*, Vol. 1, Nro. 2 (Buenos Aires 2010). ISSN 1851-90914
<http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/ravignani/prohal/mono.html>

Nuevas líneas para el análisis del poder en las sociedades andinas prehispánicas y temprano coloniales.

Ariel J. Morrone*

- **To Feed and Be Fed. The cosmological bases of authority and identity in the Andes.** Susan Elizabeth Ramírez. Stanford: Stanford University Press, 2005. Pp. 358.
- **Intermediate Elites in Pre-Columbian States and Empires.** Christina M. Elson y R. Alan Covey (eds.). Tucson: University of Arizona Press, 2006. Pp. 303.
- **Variations in the Expression of Inka Power.** Richard L. Burger, Craig Morris y Ramiro Matos Mendieta (eds.). Washington: Dumbarton Oaks, 2007. Pp. 449.

Reseñar tres libros que se abocan al estudio del poder, la autoridad y la dominación en los Andes meridionales resulta una tarea a la vez ardua y prometedora. Ardua en tanto dos de los libros presentados son, asimismo, compilaciones de artículos multifocales, cada uno con sus propias líneas de investigación y abordajes metodológicos; pero prometedora porque obliga a la

* Programa de Historia de América Latina - Instituto de Historia de Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" - Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires.

comunidad científica a salir de la comodidad brindada por marcos teóricos heredados y a poner a prueba las propias hipótesis de trabajo.

Veamos entonces cuáles son los ejes que recorren las tres obras. Básicamente, la pregunta radica en cómo caracterizar las entidades políticas prehispánicas, y particularmente el *Tawantinsuyu*. ¿Qué mecanismos de integración sociopolítica operaron las elites para integrar una miríada de grupos en diversos grados de subordinación? ¿Qué tipo de poder, qué tipo de autoridad? ¿Cuáles fueron las dinámicas entabladas entre los Estados expansivos y las sociedades que enfrentaron ese avance? ¿Cuál fue el rol de las elites locales a la hora de establecer un sistema de dominación indirecto y multiétnico? ¿Cuál fue el impacto de la conquista y colonización españolas en la organización del poder y del territorio? ¿Qué cambios y qué permanencias se registran en los criterios de autoridad étnica durante los primeros siglos de la colonia? Es recomendable leer los tres libros reseñados siguiendo estas claves, e intentar ponderar cuáles son los aportes de cada uno para esta temática general.

La multidisciplinariedad atraviesa todos los trabajos. Historia, antropología, arqueología, geografía, lingüística, son las disciplinas que se han dado cita en la elaboración de las obras que motivan esta presentación. Pasaremos, entonces, a sintetizar los aportes de los tres libros. Somos conscientes de que reseñar compilaciones implica bregar con diversos enfoques, marcos conceptuales y dispositivos explicativos; pero esas dificultades no amilantarán nuestro esfuerzo por presentar aquí los significativos avances que estas investigaciones revelan en sus páginas.

Susan Ramírez caracteriza su libro *To Feed and Be Fed* como una "odisea personal", como el resultado de largos años de reflexión en torno a evidencias documentales que se le manifestaban como contradictorias o sin sentido. Esto le permite denunciar el relativo "secularismo" de las investigaciones en torno a la organización sociopolítica del *Tawantinsuyu*, sesgo que deja a un lado los elementos simbólico-rituales intervinientes en la configuración del mismo. De allí que la autora se proponga volver a revisar las fuentes clásicas, más precisamente las crónicas de la conquista, en las que detecta la contradicción que guiará los derroteros posteriores de su libro.

Los cronistas utilizaron la voz "Cuzco" para hacer referencia tanto al soberano incaico como al núcleo urbano principal del imperio, su "capital". ¿Pero qué hay detrás de esta aparente incoherencia discursiva? La doble connotación de la voz "Cuzco" estaría dando cuenta de ciertas percepciones nativas de la organización política y del espacio. El soberano era el centro del imperio incaico (en sentido geográfico) y del universo (en sentido simbólico), el nexo entre el orden cosmológico y el orden social.

Teniendo estas premisas en mente, Ramírez reconstruye y pone en consideración las percepciones de soberanía, territorialidad y Estado. Para intentar sortear los filtros de las crónicas, apela a documentación de la administración colonial. Sugiere entonces la posibilidad de que "Cuzco" pueda ser un título hereditario, ya que las crónicas de la década de 1530 hacen referencia a varios soberanos con el mismo término, y no como marcador de lugar o topónimo. Estaríamos entonces, según Ramírez, ante un sistema de herencia posicional y "parentesco perpetuo", por el cual el mismo título es

tomado por todo el linaje gobernante al momento de la sucesión¹. A partir de considerar el Cuzco como centro, la conocida referencia de Guaman Poma acerca de los “muchos Cuzcos” lleva a la autora a considerar el *Tawantinsuyu* como una entidad imperial con centros múltiples, dado que el centro, como ombligo o *axis mundi*, estaría encarnado en la figura del *Inka*: al desplazarse éste en el espacio, se movería el eje organizador del espacio. De allí su caracterización del imperio incaico como un Estado jurisdiccional, es decir, como una organización política jerarquizada en torno a redes de alianzas en constante negociación, que garantizaban el acceso a (y el control de) recursos. Este tipo de Estado se habría basado más en la administración de personas que en el control efectivo de un territorio². Las alianzas estaban sacralizadas y ritualizadas por relaciones de parentesco establecidas entre el soberano y los líderes étnicos de los grupos anexados, creando así nuevas legitimidades (temas centrales de los otros dos libros aquí reseñados).

Tanto el *Tawantinsuyu* como las unidades administrativas de menor jerarquía (*suyu*, *wamani*, *hunu*, *waranqa*, *pachaka*), lejos de haber sido entidades territoriales cohesivas y deslindadas, referirían más bien a mecanismos de administración de la mano de obra³. El patrón de asentamiento salpicado y los solapamientos jurisdiccionales fueron pautas que establecían derechos compartidos y habilitaban la multietnicidad de la ocupación territorial;

¹ Ver antecedentes de estos planteos en Susan E. Ramírez. “La legitimidad de los curacas en los Andes durante los siglos XVI y XVII”. *Boletín del Instituto Riva-Agüero* 24 (Lima 1997): 467-492; e “Historia y memoria: la construcción de las tradiciones dinásticas andinas”. *Revista de Indias* LXVI (236) (Madrid 2006): 13-56.

² Para planteos en esta misma línea, aunque en experiencias históricas diferentes, cf. Aidan Southall. “The segmentary state in Africa and Asia”. *Comparative Studies in Society and History* 30 (1) (Cambridge 1988): 52-82; y Stephen Houston. *Hieroglyphs and History at Dos Pilas. Dynastic politics of the Classic Maya*. (Austin: University of Texas Press, 1993): 127-148.

³ Se distancia así de los planteos de Catherine Julien, quien ha sostenido la posibilidad de recomponer las unidades políticas prehispánicas a partir de la temprana documentación vinculada a la asignación de encomiendas. Ver Catherine J. Julien. *Hatunqolla. Una perspectiva sobre el imperio incaico desde la región del lago Titicaca*. (La Paz: Producciones CIMA, 2004 [1980]).

las fronteras, por su parte, fueron móviles, permeables y elusivas, y estaban asimismo cargadas de significación ritual, calendárica, mnemónica y sobrenatural⁴.

La conquista hispánica del *Tawantinsuyu* dio inicio a un proceso de transición de la concepción jurisdiccional del orden político a un modelo expresado en términos territoriales, en tanto la administración colonial intervino la territorialidad nativa a través de instituciones que buscaban compartimentalizar el espacio andino (repartimientos, ciudades, audiencias, corregimientos, pueblos de reducción, obispados, doctrinas). Sin embargo, este proceso no se operó linealmente, ya que los amojonamientos y deslindes en sentido moderno o capitalista recién se empezarían a establecer con las visitas y composiciones de tierras de mediados del siglo XVII⁵.

Desde una posición más radical, Ramírez sostiene que los conquistadores españoles y los académicos contemporáneos comparten el prejuicio de sesgar sus miradas, buscando límites geográficos fijos allí donde había fronteras étnicas móviles y en constante redefinición. La mirada secularizante que mencionamos más arriba no ha podido percibir el cariz

⁴ Jerry D. Moore. *Architecture and Power in the Ancient Andes. The archaeology of public buildings*. (Cambridge: Cambridge University Press, 1996): 121-167; Verónica Salles-Resse. *From Viracocha to the Virgin of Copacabana. Representations of the sacred at lake Titicaca*. (Austin: University of Texas Press, 1997); Brian S. Bauer y Charles Stanish. *Ritual and Pilgrimage in the Ancient Andes. The islands of the Sun and the Moon*. (Austin: University of Texas Press, 2001); Thérèse Bouysse-Cassagne. "Las minas del centro-sur andino, los cultos prehispánicos y los cultos cristianos". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 34 (3) (Lima 2005): 443-462; Tristan Platt, Thérèse Bouysse-Cassagne y Olivia Harris. *Qaraqara-Charka. Mallku, Inka y Rey en la provincia de Charcas (siglos XV-XVII). Historia antropológica de una confederación aymara*. (La Paz: IFEA-Plural, 2006); Pablo Cruz, "Wak'as olvidadas y cerros santos. Apuntes metodológicos en torno a la cartografía sagrada en los Andes del sur de Bolivia (Potosí, Chuquisaca)". Ponencia presentada en el Seminario-Taller "Qaraqara-Charka. Reflexiones a tres años después", actividad complementaria del V Congreso de la Asociación de Estudios Bolivianos, Sucre, 29 y 30 de junio de 2009.

⁵ Florencia Ballivián de Romero. "La visita de Gerónimo Luis de Cabrera a Larecaja y Omasuyos". *Historia y Cultura* 12 (La Paz 1987): 39-48; Carmen Beatriz Loza. "Norma y práctica del reordenamiento jurídico territorial de Laricaxa (La Paz, 1656-1660)". *Historia y Cultura* 29 (La Paz 2003): 39-75. De este modo, Ramírez vuelve a distanciarse de Julien, desconfiando de su planteo sobre la continuidad de las estructuras administrativas prehispánicas al momento de la asignación de encomiendas en el período 1535-1560 y de formación de los corregimientos de indios hacia 1565.

religioso y ritual de la territorialidad nativa, la cual giraba en torno a un centro móvil, el *Inka*, quien imbuía de centralidad cada lugar que visitaba.

Ramírez pasa a estudiar entonces la cosmología nativa para poder indagar las bases ideológicas de la legitimidad y la sucesión de los soberanos incaicos y de los líderes locales, como así también la relación entre ambos niveles de autoridad. Unos y otros compartían ese estatuto ontológico de nexos entre la población y las divinidades, y los rituales eran una manera de legitimar su autoridad. Retoma aquí la idea de constante renegociación de las alianzas políticas entre el poder central y los colectivos sociales subordinados. La cosmología imperial se articulaba en torno al culto solar, aunque las divinidades de los grupos conquistados podían ser incorporadas al panteón oficial. El culto a los ancestros constituía uno de los criterios de legitimidad de los líderes (tanto imperiales como locales) en tanto mediadores cósmicos, siendo el *Inka* mismo un pariente ritual de los líderes sometidos (como veremos más adelante en el artículo de Tom Cummins) y una vía directa para interpretar la voluntad de las divinidades.

La cosmología incaica legitimaba la economía política del imperio, toda vez que la producción se destinaba al abastecimiento del culto, a alimentar a las divinidades, formando una suerte de circuito recíproco por el cual, a su vez, las divinidades garantizaban la fertilidad de los suelos y la reproducción de los ciclos vitales. Y si bien esta cosmología era flexible, el intento de unificación cultural podía llevar al estallido de rebeliones. El carácter novedoso e impuesto del culto solar incaico quedó en evidencia ya iniciado el período colonial, cuando salieron a la luz los cultos locales preincaicos que persistieron al nivel de los *ayllu*⁶.

⁶ Bouysse-Cassagne, “Las minas del centro-sur andino”.

Así como el *Inka* en el período prehispánico constituía el nexo entre las divinidades y los hombres, en el período colonial serán los líderes locales (o *kuraka*) los que encarnen este rol mediador. El contacto del *kuraka* con los ancestros garantizaba también el mantenimiento orden cosmológico, la fertilidad y la subsistencia del grupo, lo cual a su vez reconfirmaba su legitimidad como líder étnico en pleno contexto colonial. Este interés de los *kuraka* por conservar los cultos locales ha sido reflejado en las causas abiertas en la justicia colonial por los llamados procesos de "extirpación de idolatrías", como así también la lealtad profesada hacia los ancestros, fuente de poder, vitalidad y energía. En este sentido, toda la parafernalia ritual (puesta en escena con motivo de sucesiones al cargo, procesiones y funerales) constituía un "teatro estatal" que reforzaba la centralidad del culto a los ancestros y el carácter eminentemente sagrado del *Inka* (en tiempos prehispánicos) y del *kuraka* colonial. Ambos actores serían la encarnación de las fuerzas vitales y de la esencia del poder sobrehumano (*camaquen*), que podía volverse en su contra en caso de no poder sostener el pacto recíproco de "alimentar y ser alimentado"⁷.

Ahora bien, Ramírez explica cómo el conjunto de ritos también pudo ser analizado en términos de prácticas locales de resistencia frente a los poderes externos, que reivindicaban la figura de los antepasados, elevando puentes entre vivos y muertos. Mientras que el *Inka* se vio obligado a moverse políticamente en este "idioma del parentesco" para extender su dominio sobre nuevos grupos, el poder colonial por su parte intentó desarticular los rituales, tildándolos de idolátricos y diabólicos. De todos modos, la continuidad de los

⁷ Gerald Taylor. "Camay, camac et camasca dans le Manuscrit quechua de Huarochiri". *Journal de la Société des Américanistes* 63 (1974-1976): 231-244; José Luis Martínez Cereceda. "Kurakas, rituales e insignias: una proposición". *Histórica* 12 (1) (Lima 1988): 61-74.

cultos a los ancestros durante el período colonial es indiscutida, y redundó en una de las fuentes de legitimidad para los *kuraka* andinos, aspecto trabajado en menor medida por la historiografía⁸. Este “equilibrio inestable” que los líderes étnicos debían sostener era constantemente puesto a prueba. Los peligros inherentes a la vida andina, sumados a los contextos de explotación (incaica primero, colonial después), explican la búsqueda de protección por parte de los *ayllu*, y presentan en consecuencia una idea de orden; un orden social, pero también (y sobre todo) un orden cosmológico, organizado a partir de la mutua alimentación entre vivos y muertos, y mediatizado por sus líderes étnicos. Sugiere la autora que esta percepción de sí mismos como parte de un orden cosmológico centrado en los ancestros-dioses habría sido, paradójicamente, lo que llevó a las poblaciones andinas a interpretar la conquista hispánica (al menos en un momento inicial) como el triunfo de nuevos dioses sobre el panteón incaico.

Para concluir, Ramírez retoma algunas claves analíticas (comunidad, identidad y auto-percepción) para repensarlas a la luz de sus propuestas, siempre teniendo en cuenta las precauciones metodológicas e historiográficas reveladas en esta “odisea personal”. Así como el *Tawantinsuyu* fue un Estado jurisdiccional basado en el control de la población, la concepción de la autoridad en los Andes, la religiosidad y el sentido de pertenencia (étnicas o incluso al *ayllu*) eran variables intangibles, maleables, discontinuas y sujetas a constantes redefiniciones. Muchas veces han sido los propios investigadores quienes desacralizaron las estructuras andinas de poder. Al enfatizar una mirada centralizada y burocrática del poder incaico, tanto cronistas como

⁸ Thierry Saignes. “De la borrachera al retrato: los caciques andinos entre dos legitimidades (Charcas)”. *Revista Andina* 5 (1) (Lima 1987): 130-170; Bouysse-Cassagne, “Las minas del centro-sur andino”.

ethnohistoriadores (ambos en su calidad de *outsiders*) han reproducido acríticamente la concepción hispánica del espacio en términos discretos, con fronteras fijas y mapas completos⁹. Descentrar el estudio etnohistórico, explicitar los filtros analíticos, buscar inconsistencias en los relatos, manejar con precaución los vocabularios; tales serían las recomendaciones de Ramírez para futuras investigaciones.

Bien distintas fueron las condiciones de producción de los otros dos libros que motivan este ensayo bibliográfico. Ambas compilaciones divulgan los resultados de sendos eventos académicos, donde especialistas de diversas disciplinas se reunieron para abordar de manera colectiva la problemática del poder en los Andes prehispánicos y tempranocoloniales. El volumen compilado por Christina Elson y Alan Covey incluye las ponencias presentadas en el simposio homónimo que tuvo lugar en la 67^o Meeting of the Society of American Archaeology en Denver (Colorado, Estados Unidos) del 20 al 24 de marzo de 2002. Dos son los objetivos principales de esta obra conjunta. Por un lado, proponer un cambio de perspectiva a la hora de analizar la estructura sociopolítica de los Estados e imperios prehispánicos: mientras que una mirada "de arriba hacia abajo" pone el énfasis en la administración, el funcionariado estatal y las estrategias de poder de los gobernantes, su mirada opuesta, es decir, "de abajo hacia arriba" ponen el peso en las prácticas de resistencia más que en las constantes negociaciones. Así, una perspectiva desde las élites intermedias permite acceder a la dinámica entre ambas esferas, pudiendo

⁹ Olivia Harris. "Los límites como problema: mapas etnohistóricos de los Andes bolivianos". En: *Saberes y Memorias en los Andes. In Memoriam Thierry Saignes*, Thérèse Bouysse-Cassagne ed. y comp., 351-373. (Lima: IFEA, 1997); Ana María Presta. "Mapas étnicos en asentamientos fragmentados. El territorio chuquisaqueño en el tardío prehispánico y la temprana colonia", ponencia presentada en el Seminario-Taller "Qaraqara-Charka. Reflexiones a tres años después", actividad complementaria del V Congreso de la Asociación de Estudios Bolivianos, Sucre, 29 y 30 de junio de 2009.

analizar, al mismo tiempo, la agencia (*agency*) de las elites en su función eminentemente relacional.

El segundo objetivo es, justamente, dar cuenta del papel de las elites intermedias en los procesos de formación, desarrollo y desintegración de los Estados e imperios prehispánicos. Por ello, la obra recorre la larga duración, haciendo foco en dos regiones: Mesoamérica y los Andes¹⁰. La puesta en juego de estas variables espacio-temporales abre un abanico de posibilidades para la investigación, que se sostiene asimismo en los campos de estudio de ambos compiladores: mientras que Christina Elson se especializa en arqueología mesoamericana en general y zapoteca en particular, Alan Covey se dedica al estudio arqueológico y etnohistórico de la dinámica sociopolítica incaica.

Atendiendo al desarrollo histórico de la entidad política Wari – hegemónica en los Andes Centrales durante el Horizonte Medio (siglos VI-IX) -, dos de los capítulos relevan el registro arqueológico para dar cuenta del comportamiento de las elites intermedias de las regiones anexadas. Así, tanto el sitio serrano de Conchopata como el valle costero de Nazca se vuelven escenarios para analizar cuál fue el rol de las elites locales en el proceso de incorporación a Wari.

Para el primer caso, Tiffany Tung y Anita Cook exploran la información bioarqueológica y el patrón funerario para ponderar hasta qué punto las elites locales de Conchopata reprodujeron los hábitos de las elites gobernantes de Wari y, de este modo, contribuyeron a sostener dicho sistema de dominación.

¹⁰ Por motivos de espacio y de recorte, en esta reseña sólo abordaremos las contribuciones referentes al mundo andino, si bien recomendamos la lectura de la obra en su totalidad para poder ponderar los alcances de la propuesta general. Los autores de los artículos abocados a Mesoamérica son los renombrados Charles Spencer y Elsa Redmond (formación del estado en Oaxaca), Frances Berdan y Elizabeth Brumfiel (elites provinciales e ideología dominante en el imperio azteca), Joyce Marcus (estrategias de las elites zapotecas y mayas) y la propia editora, Christina Elson (panorama político zapoteca temprano).

Ubicado a diez kilómetros al sur del núcleo estatal de Wari, Conchopata fue el segundo centro regional más importante en el valle de Ayacucho durante el Horizonte Medio. Las autoras sugieren que la elite local adoptó las prácticas rituales y funerarias del centro estatal de Wari, lo cual se evidencia en las notorias similitudes del registro arqueológico. La forma de las tumbas, el ajuar mortuario asociado y las características fisiológicas de los cuerpos enterrados son los elementos que sugieren una estrecha vinculación entre ambos grupos gobernantes, por lo menos hasta mediados del siglo VII y principios del siglo VIII. En ese momento, la evidencia de nuevas formas de fiestas rituales a partir de la proliferación de cabezas-trofeo y de ruptura ritual de cerámica son, según Tung y Cook, marcas de un cambio en las actividades de la elite de Conchopata; esto daría cuenta de la permeabilidad y la flexibilidad del régimen político Wari. En términos de estrategias políticas, mientras que la elite local adoptó prácticas funerarias del poder central, éste toleró cierto grado de variabilidad en pos de garantizar el control sobre la región. Leído en sentido inverso, esta situación estaría dando cuenta de una intención manifiesta de las elites locales de distinguirse respecto del poder central.

En un marco temporal de más largo aliento, Christina Conlee y Katharina Schreiber se proponen dar cuenta de las transformaciones acaecidas en las elites intermedias del valle de Nazca a partir de su incorporación a Wari y de su posterior balcanización. Las autoras comienzan su artículo con un conjunto de consideraciones teóricas en torno a la agencia de las elites intermedias en los Estados imperiales prehispánicos. Hablan entonces de colaboración y/o resistencia como el repertorio de estrategias políticas apeladas por las elites

locales frente a la expansión de los Estados conquistadores, resaltando su rol como nexo entre el poder central y la población local.

Para dar cuenta del cambio, Conlee y Schreiber analizan la estructuración de la sociedad Nazca en el período previo a la conquista Wari. Así, de una jefatura con escasa diferenciación social y liderada por sacerdotes durante los primeros siglos de la Era, pasamos en los siglos V-VIII a un panorama de asentamientos de mayor tamaño controlados por líderes guerreros. Si bien la interacción entre el núcleo estatal de Wari y el valle de Nazca – evidenciada por el intercambio de estilos cerámicos, iconografía y patrones funerarios - databa algunos siglos atrás, la conquista tuvo lugar en algún momento del siglo VIII.

A partir de entonces se registró un cambio sustancial en los estilos cerámicos, en la organización del espacio (construcción de caminos, terrazas de cultivo y centros administrativos) y en el patrón de asentamiento de la población. La hipótesis central de las autoras consiste en la proliferación de elites intermedias a escala local como consecuencia de la conquista Wari, elites que adoptaron diversas estrategias en función del reordenamiento político. Así, mientras que el grupo que habría resistido la invasión migró hacia el sur liderado por una elite disidente, al norte del valle se habría establecido una elite colaboradora en términos económicos (acceso a recursos marítimos) y religiosos (beneplácito de los oráculos Nazca)¹¹. Finalmente, la balcanización del Estado Wari y el inicio del Período Intermedio Tardío a principios del siglo XI fue el marco para que las distintas elites intermedias redefinieran sus estrategias para perpetuarse en una posición de poder. Así, las elites

¹¹ De todos modos, no queda claro si las autoras sugieren que el origen de la división en parcialidades haya estado en las estrategias diferenciadas (de colaboración o resistencia).

resistentes tuvieron mayores ventajas que las colaboradoras, si bien estas últimas incorporaron tecnologías que resultaron beneficiosas en el nuevo panorama local. El mapa político de los siglos XI-XIV sugiere la proliferación de entidades políticas en competencia por el control de recursos y de redes regionales de intercambio, así como un crecimiento demográfico y la concentración de la población en sitios de corte defensivo.

El balcanizado panorama del Período Intermedio Tardío presentado por las autoras es el punto de partida del análisis de Alan Covey sobre el corazón del *Tawantinsuyu*: el valle del Cuzco. Combinando el registro arqueológico y las crónicas españolas, el autor indaga en temas tales como las alianzas matrimoniales, las intrigas políticas, la lucha facciosa y la guerra para dar cuenta de la conformación temprana del núcleo estatal en torno al Cuzco durante el llamado período Killke (siglos XI-XIV). Desmembrado el poder Wari en la región, algunos grupos (posiblemente étnicos) habrían conservado parte de ese aparato político-ideológico, tal como vimos para el valle de Nazca en el artículo de Conlee y Schreiber. Mientras que algunas de estas elites cuzqueñas se unieron a través de alianzas matrimoniales, otras entablaron enconados conflictos bélicos. Covey se propone, entonces, dar cuenta de esa dinámica política que dio origen a lo que luego sería el imperio incaico.

Desde el registro arqueológico, el patrón de asentamiento permite al autor establecer cuáles fueron los centros poblacionales que en un primer momento rivalizaron con la elite cuzqueña por el control de recursos y de redes de intercambio. Mientras que algunos asentamientos eran pequeños y descentralizados, con baja densidad de población, otros estaban altamente jerarquizados a partir de una aldea o núcleo central, y controlados por una elite

local. En cuanto a las obras públicas y el manejo de mano de obra, Covey detecta la coexistencia de estrategias defensivas y productivas para garantizar la expansión territorial en la región comarcana. Por otro lado, la evidencia de arquitectura religiosa y administrativa parece restringida a los grandes centros, si bien será más frecuente luego de iniciada la expansión.

Las crónicas españolas, por su parte, ilustran sobre la toponimia y la titulación de algunos líderes del período formativo del *Tawantinsuyu*, cuando los primeros gobernantes debieron enfrentar a grupos de elites locales rivales en el mismo espacio cuzqueño. El reconocimiento de estas elites con el título de *qhapaq*, la superposición de autoridades enviadas por el soberano y autoridades locales, el tratamiento diferenciado en función de la respuesta de las elites locales frente a la expansión, el reemplazo de grupos dirigentes hostiles por grupos locales o por rivales funcionarios incaicos, la circulación bidireccional de mujeres para trabar alianzas políticas son algunos de los tópicos centrales que el análisis de Covey sobre las crónicas aporta a la investigación del origen del Estado cuzqueño¹². Asimismo, a partir de la información arqueológica y el registro documental, el autor ahonda en la conformación de “propiedades reales”, es decir, unidades de producción y consumo exclusivas, administradas directamente por el soberano y su grupo de parentesco (*panaqa*)¹³. Las mismas estaban espacialmente dispuestas en modo hexagonal en torno al Cuzco, lo que sugiere que hacia finales del siglo XV el imperio incaico estaba desarrollando sistemas administrativos más complejos y a mayores escalas.

¹² Catherine J. Julien. *Reading Inca History*. (Iowa City: University of Iowa Press, 2000): 23-48.

¹³ Catherine J. Julien. “La encomienda del Inca”. En: *Actas del IV Congreso Internacional de Etnohistoria*, II: 489-516 (Lima: PCUP, 1998); Catherine J. Julien. “Inca estates and the encomienda: Hernando Pizarro’s holdings in Cusco”. *Andean Past* 6 (2000): 229-275.

Los otros dos capítulos que completan la serie de estudios relacionados con el mundo andino abordan desde una perspectiva provincial la expansión del *Tawantinsuyu* y sus políticas de reorganización. Craig Morris y Alan Covey comparan y contrastan la situación de las jefaturas *chupaychu* de las sierras de Huánuco con las elites locales del valle costero de Chíncha. El parámetro de los autores se basa en el tipo de organización sociopolítica preincaico. Mientras que los *chupaychu* de Huánuco constituían grupos descentralizados, la entidad política Chíncha contaba con un gobierno centralizado, especialización laboral y gran desarrollo infraestructural previos a la conquista incaica. De este modo, el contraste estuvo puesto en el lugar ocupado por las elites intermedias: en Huánuco, las elites locales fueron reforzadas por el poder imperial, residente en el centro administrativo de Huánuco Pampa; en Chíncha, por su parte, las elites locales adoptaron un sistema paralelo de autoridades incaicas sin reorganización de las jerarquías preexistentes. Morris y Covey muestran así cómo ambas estrategias fueron utilizadas por el Estado cuzqueño para efectivizar la conquista, como así también por las elites locales para reposicionar, mantener y reforzar su propio *status* en el nuevo panorama político. Nuevamente aparece aquí el muestrario de opciones a las que podían recurrir las elites locales frente a un Estado expansivo: resistencia o colaboración (aspectos retomados en el artículo de Morris y Santillana compilado en el tercer libro).

La conquista incaica de la región de Huanuco incluyó, además de la construcción de un centro administrativo, la reorganización política de la población según el sistema decimal (*pachaka* y *waranqa*), la concentración del tributo, el establecimiento de colonos (*mitmaquna*) del Cuzco con fines

productivos y la movilización de mano de obra, entre otros cambios. Las dimensiones del impacto pueden verse también si se compara el centro incaico de Huánuco Pampa con la residencia de la elite local de Ichu, tanto en tamaño y técnicas constructivas del sitio y los recintos como en el registro arqueológico asociado a cada uno. Si bien los estilos cerámicos y patrones arquitectónicos incaicos predominan, las eventuales modificaciones que se aprecian también pueden ser interpretadas como el modo en que las autoridades locales manifestaron su propio poder (tal como las elites de Conchopata habrían reaccionado frente a la conquista de Wari, según el artículo de Tung y Cook).

La comparación que surge poniendo a la par las situaciones de Huánuco y Chincha informa sobre las estrategias incaicas de conquista. Mientras que en las sierras centrales el escenario sociopolíticamente descentralizado obligó al Estado cuzqueño a realizar más obras de infraestructura para garantizar el potencial económico de esas regiones, la centralización política, la importancia religioso-ceremonial y la producción agrícola intensiva que se desarrollaba en la costa sur-central requirieron una estrategia menos intrusiva. Así, las elites costeras de Chincha pudieron conservar su poder, lo cual se manifestó, por ejemplo, en el uso de iconografía y estilos cerámicos locales y en el patrocinio incaico sobre el oráculo de Pachacamac. En definitiva, Morris y Covey ponen el acento en la aguda percepción del Estado incaico sobre la situación de cada elite local y en el rol desempeñado por éstas en el diseño efectivo de estrategias de dominación política. Retoman la idea inicial de descartar análisis verticalistas “desde arriba”, remarcando el grado de centralización política previa como elemento clave en el análisis de la expansión incaica.

Los autores cierran su análisis con una reflexión sobre la sorpresa de los conquistadores españoles acerca de la capacidad de los líderes étnicos de apelar a la justicia colonial y explotar el sistema legal hispánico buscando ventajas en la nueva situación creada. Concluyen así que las elites intermedias ya habían inaugurado esas prácticas durante el dominio incaico. En este sentido, el artículo de Steven Wernke retoma las líneas de Morris y Covey para ponderar la expansión incaica sobre el valle de Colca, habitado por los *collagua* aymara-parlantes y los *cabana* quechua-parlantes. A diferencia de los artículos anteriores, Wernke se propone un análisis a más largo plazo, comenzando por la conquista incaica del valle para terminar incursionando en el período colonial temprano. De este modo, el autor combina nuevamente el registro arqueológico con la documentación escrita, pero no sólo apela a las crónicas: trabaja además con papeles de archivo. Más precisamente, Wernke presenta una serie de visitas efectuadas a los distritos en cuestión durante las primeras décadas del siglo XVII, para luego evaluar los cambios y continuidades que pudieran registrarse en la situación de las elites intermedias desde el período incaico.

A más del plano heurístico, el autor propone un concepto que considera útil para el análisis de las prácticas de las autoridades locales. Hablará así de "eco-logística", entendiendo por tal la agencia de las elites intermedias a la hora de tomar decisiones con respecto de la organización de la mano de obra y del aprovechamiento de recursos agropastoriles. La eco-logística habría tenido entonces un rol clave en tanto mecanismo de mediación por parte de los líderes locales ante el *Tawantinsuyu* y el Estado colonial. El autor avanza en su propuesta sobre una continuidad del patrón de asentamiento salpicado y del

control diversificado de recursos a cargo de las elites intermedias en el valle de Colca, continuidad que se extendería desde el momento previo a la conquista incaica hasta bien entrado el siglo XVII.

A partir del registro arqueológico, del análisis cuantitativo de las revisitas efectuadas a ambas parcialidades del repartimiento de Yanque Collaguas en 1591, 1604 y 1615-1617, y de aplicar sistemas de información geográfica utilizando la toponimia, Wernke hipotetiza cuáles habrían sido las residencias de los ancestros fundadores de los *ayllu* durante el período prehispánico y cuál habría sido el impacto de la conquista incaica (permanencia de los *ayllu* de la mitad *hanansaya*, reorganización de la mitad *hurinsaya*). Incluso el proyecto reduccional del virrey don Francisco de Toledo en la década de 1570 habría redundado en una desarticulación atenuada del patrón de asentamiento nativo, negociada entre las elites locales y los propios visitadores. En cada coyuntura, ellas habrían sido las encargadas de negociar con los poderes de turno, generando prácticas de hibridación política y económica. Estas “prácticas ecológicas” permitieron a los líderes conservar el acceso a recursos en zonas productivas dispuestas verticalmente bajo el gobierno incaico, y reacomodarse a partir de la implementación de las reformas toledanas como “eco-mediadores redistributivos”.

La última obra que aquí reseñaremos es otra compilación, que recoge las comunicaciones de un simposio organizado por Richard Burger, Craig Morris y Ramiro Matos Mendieta en Dumbarton Oaks (Washington, Estados Unidos) en octubre de 1997. La edición final sintetiza varias investigaciones arqueológicas y etnohistóricas y esboza nuevas propuestas en torno a las diversas modalidades de expresión del poder incaico. Inspirados en los

señeros trabajos de John Murra, María Rostworowski de Diez Canseco, John Rowe y Tom Zuidema, más de una veintena de arqueólogos y otros investigadores se dieron cita para ponerse al día, debatir desde la diversidad y elaborar, diez años después, una pieza bibliográfica que bien podría ser calificada como un compendio del estado de la cuestión de obligada lectura para quien se inicie en los derroteros del poder en los Andes prehispánicos y tempranocoloniales. El eje del libro está puesto en dar cuenta de las estrategias de expansión incaica más allá del Cuzco, que redundaron en una desconcertante variedad de situaciones locales.

Luego de un breve capítulo introductorio a cargo de Morris, que sintetiza los avances y puntos pendientes de la arqueología incaica y su utilidad a la hora de complementar el trabajo con documentos escritos, comienza el exhaustivo desfile de análisis situacionales. La tónica es, nuevamente, la interdisciplinariedad; la investigación arqueológica se combina en la mayoría de los aportes con documentación escrita (crónicas y papeles de la administración colonial). Los doce trabajos compilados están organizados en tres secciones: los que abordan un nivel regional, los que se centran en un sitio arqueológico y los que tratan tópicos más específicos.

Los tres capítulos de alcance regional constituyen sendas síntesis del trabajo arqueológico en la sierras centrales del Perú (Carmen Arellano y Ramiro Matos Mendieta), la cuenca del Titicaca y (Charles Stanish y Brian Bauer) y el actual noroeste argentino (Terence D'Altroy, Verónica Williams y Ana María Lorandi). Los artículos trazan la historicidad de sus respectivas regiones, cuyos grupos nativos fueron conquistados por el *Tawantinsuyu* durante la segunda mitad del siglo XIV. En los tres escenarios se operaron

distintas prácticas políticas para subordinar a las elites locales: establecimiento de centros administrativos próximos a la red caminera, formación de provincias, sacralización del espacio para legitimar el nuevo orden político, intensificación de actividades mineras, agropastoriles y artesanales, construcción de fortalezas militares, instalación de *mitmakquna*, entre otras. Cada artículo resume el estado actual de la investigación en cada región y avanza en sugerentes hipótesis de trabajo. Arellano y Matos Mendieta dan cuenta de la variedad de estrategias incaicas para incorporar grupos locales en función del escenario previo: donde existía una mayor centralización política, la conquista habría sido eminentemente militar, mientras que sociedades con menor complejidad habría requerido aceitados contactos diplomáticos e intercambios recíprocos (en la línea de lo ya planteado por Morris y Covey). Stanish y Bauer, por su parte, ahondan en el significado del viaje ritual y en el rol del peregrinaje como experiencia mística en la construcción de subjetividades y colectividades. Finalmente, D'Altroy, Williams y Lorandi relativizan la supuesta "marginalidad" del confín meridional del *Tawantinsuyu*, evocando la intensidad del poder incaico en la región y proponiendo una nueva cronología a partir de contactos previos a la conquista militar.

El segundo grupo de trabajos, por su parte, toman como unidad de análisis el sitio arqueológico. Craig Morris y Julián Santillana exploran la reutilización espacial y política de la cabecera preincaica de Chíncha, donde el patrón de asentamiento reafirmó el control de una entidad política centralizada (en el sentido anunciado por el artículo de Arellano y Matos Mendieta). Los autores sugieren la instalación de un patrón de organización política dual a partir de la conquista incaica, evidenciada en los cambios en la organización

del espacio intra-sitio. Asimismo, complejizan un planteo clásico de Rostworowski en torno al interés cuzqueño por el control de las rutas comerciales del *Spondylus*, dándole un matiz sociopolítico a la expansión sobre el valle de Chíncha. Por su parte, Lucy Salazar encuentra en los complejos funerarios de Machu Picchu evidencia de grupos no incaicos en esa residencia real. Asociado a una *panaqa* (probablemente a la del *inka* Pachakuti), el mundialmente conocido sitio fue escenario de la política de desplazamiento poblacional, habiendo sido habitado, según la autora, por gran cantidad de *mitmaquna*, *aqlla* y *kamayoq* destinados a la producción agroalfarera y metalúrgica.

Desde las técnicas constructivas, la residencia incaica llamada "palacio de Quispiguanca" en el valle sagrado de Yucay es reconstruida por Susan Niles y Robert Batson. Este complejo residencial, habitado por la *panaqa* del *inka* Huayna Capaq, presenta altos niveles de simetría en su patrón arquitectónico. No sólo estaríamos ante la presencia de movilización de mano de obra para llevar a cabo la construcción, sino que también es posible hablar de una "arquitectura incaica del poder", aspecto que también articula los trabajos de Albert Meyers y de María de los Ángeles Muñoz sobre las pirámides de Cochasquí (Ecuador) y el centro ceremonial de Samaipata (Bolivia). En estas dos regiones periféricas, el poder incaico ha sido demarcado en el espacio y se ha hecho visible a partir de la técnica constructiva¹⁴.

El tercer segmento del libro analiza la cuestión del poder desde otras dimensiones: la iconografía, la metalurgia y el sistema de registro. Para Tom

¹⁴ Denise L. Lawrence y Setha M. Low. "The built environment and spatial form". *Annual Review of Anthropology* 19 (1990): 453-505; Axel L. Nielsen. "Architectural performance and the reproduction of social power". En: *Expanding Archaeology*, James M. Skibo, William H. Walker y Axel E. Nielsen eds., 47-66 (Salt Lake City: University of Utah Press, 1995); Moore. *Architecture and Power*; Julian Thomas. "Archaeologies of place and landscapes". En: *Archaeological Theory Today*, Ian Hodder ed., 165-186 (Cambridge: Polity Press, 2001).

Cummins, la iconografía no es una mera manifestación artística, sino que conforma una expresión visual del poder incaico; los *keru* y los *tokapu* fueron sus emblemas. Los vasos sagrados se confeccionaban de a pares, y como “vasos hermanos” se usaban para sellar alianzas políticas con grupos anexados al imperio. Así, brindar y beber con el *Inka* era una manera de ritualizar el poder. Además, vasos y textiles estaban emparejados, formando un conjunto de objetos relacionados en un sistema simbólico-ritual, ya que albergaban la fuerza vital (*camay*) y representaban metonímicamente al propio *Inka*.

Como en una constelación ideológica, la posición contextual de vasos y textiles en el ritual de alianza establecen una lingüística del poder, que refuerza la presencia incaica luego de la conquista militar. De ahí que Cummins tome como caso de análisis el fascinante *unku* de la Colección de Dumbarton Oaks (protagonista del artículo de Rebecca Stone). Ambos autores identifican al *unku* real con la propia persona del *Inka*, como condensación de los ideales cuzqueños de poder y territorialidad. Vistiendo el *unku*, el *Inka* se posicionaba como el centro mismo del *Tawantinsuyu*, el centro ordenador del universo (planteos que retoman las sugerencias de Susan Ramírez). El *unku* de Dumbarton Oaks sería un sistema cartográfico ideal del *Tawantinsuyu*, y al vestirlo, el *Inka* habría ejercido su rol de organizador cósmico y social. Señala Stone que el *unku* real no muestra las provincias conquistadas, sino que establece más bien las pautas ideales de organización sociopolítica desde el “deber ser” (como la yuxtaposición y la convergencia paradójica entre lo fijo y lo móvil). El diseño geométrico de la pieza en cuestión sería una representación visual del control político sobre un mundo diverso y en caos. La policromía, los

patrones de repetición y ubicación de los motivos y las relaciones que pueden establecerse entre ellos son las variables que redundan en una concepción del *unku* como propaganda imperial del soberano, como un espejo divino que ha predicho futuras conquistas, corporizadas por el *Inka* al vestirlo.

Íntimamente relacionado con el contexto ritual, el complejo metalúrgico tricomponente (oro, plata, cobre) que presenta Heather Lechtman recorre la historia de las sociedades andinas desde el Período Intermedio Temprano (siglos IV-VI). Durante la vigencia del *Tawantinsuyu* asistimos a un incremento de la actividad metalúrgica, registrada por las fuentes coloniales de un modo sesgado. La autora sostiene que el cobre ha recibido menos atención debido a un subregistro por parte de los cronistas. Para subsanar ese desequilibrio, establece una relación entre el sistema tricomponente y el principio jerárquico organizacional de tripartición (oro-*collana*, plata-*payan*, cobre-*cayao*), asociando el cobre a rituales de conquista y al intercambio a larga distancia entre la sierra y la costa. Así, mientras el cobre de las sierras aportaba su ancestralidad al ritual, el *mullu* de la costa norte otorgaba vitalidad marina, en una secuencia de intercambio ritual que complejiza, a su vez, los planteos de Morris y Santillana con respecto a la conquista incaica del valle de Chíncha.

El *Tawantinsuyu* también incorporó al bronce en el complejo metalúrgico heredado, con el objetivo de fabricar armas. De ahí el interés político por conquistar el actual noroeste argentino, región que fue poblada por *mitmaqkuna* incaicos para tales fines (como fue reseñado en el artículo de D'Altroy, Williams y Lorandi). Los metales, así como los textiles y los vasos rituales, expresan relaciones políticas, conformando herramientas ideológicas del imperio incaico.

Finalmente, Gary Urton y Carrie Brezine intentan traducir un conjunto de *kipu* hallados en Puruchuco (sobre el valle del Rímac, cerca del santuario de Pachacamac), en términos de un sistema de control estatal de la información. La hipótesis de partida consiste en asimilar el sistema incaico de cuentas y balances con el sistema de administración decimal. Tendríamos entonces dos flujos paralelos de información: uno descendente, en el que la información se partiría a medida que baja de nivel jerárquico, y el otro ascendente, agregativo, en el que la información se recopilaría para ser derivada al siguiente nivel. Un pormenorizado análisis de cada *kipu* (color y cantidad de cuerdas y nudos, posiciones y correspondencias) sugiere que la información se condensaba en tres niveles: (1) recuentos de población local (posibles *ayllu*); (2) registros regionales para contrastar; y (3) instrucciones emanadas del centro administrativo superior. Las conclusiones ofrecen dos escenarios acordes a los flujos de información, para terminar señalando los alcances y limitaciones de la investigación sobre los *kipu*, verdaderos “archivos” del poder incaico.

Richard Burger es el encargado de cerrar esta compilación, resaltando la idea de que el *Tawantinsuyu* no fue un Estado monolítico y homogéneo, sino que se caracterizó por conformar un mosaico multiétnico donde el poder se expresó de diversas maneras en función de las realidades locales. Pero es sabido que un sistema de dominación no puede basarse solamente en el poder de la violencia militar; más bien, la amenaza de la violencia, combinada con prácticas políticas de negociación y legitimación habrían sido la tónica que caracterizó la política expansiva del *Tawantinsuyu* (característica, dicho sea, compartida con otros imperios expansivos del mundo antiguo).

Burger cierra su contribución con algunas reflexiones generales. La cronología de la expansión incaica ha sido uno de los principales tópicos de discusión, dado el gran escepticismo en torno a la "cronología corta" propuesta por Rowe, según la cual el *Tawantinsuyu* se habría estructurado y expandido en torno a un siglo. Así, mientras que los trabajos de D'Altroy, Williams y Lorandi se sirven de nuevos fechados radiocarbónicos para ubicar en la segunda mitad del siglo XIV los primeros contactos entre el Cuzco y el actual noroeste argentino, Meyers propone extender el "Horizonte Tardío" hasta mediados del siglo XVI para regiones periféricas como Samaipata¹⁵. De todos modos, Burger reivindica los planteos iniciales de Rowe, invitando a los investigadores a seguir refinando los métodos de datación.

Los objetos encarnan relaciones sociales de todo tipo (de producción, de poder, de género, interétnicas). En este sentido, la cultura material no tiene un rol pasivo, sino que forma parte constitutiva de la creación y recreación de relaciones sociales, tanto en su producción como en su circulación y consumo¹⁶. Burger pone sobre el tapete el rol social de los objetos como materialización del poder: vasos, textiles, tecnologías de registro y metales conformaron una constelación de recursos materiales destinados a generar alianzas políticas y mecanismos de control del conocimiento. Asimismo, el autor coincide en señalar que el trabajo articulado desde la Historia y la Arqueología podrá echar luz sobre la agencia de "los de abajo", los grandes

¹⁵ Martti Pärssinen y Ari Siiriäinen. "Inka-style ceramics and their chronological relationship to the Inka expansion in the southern lake Titicaca area (Bolivia)". *Latin American Antiquity* 8 (3) (1997): 255-271.

¹⁶ Igor Kopytoff. "La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso". En: *La Vida Social de las Cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*, Arjun Appadurai ed., 89-122 (México: Grijalbo, 1991 [1986]); Ian Hodder. *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. (Barcelona: Crítica, 1994 [1988]); Mathew Johnson. *An Archaeology of Capitalism*. (Oxford: Blackwell Publishers, 1996): 179-201; Marisa Lazzari. "Distancia, espacio y negociaciones tensas: el intercambio de objetos en Arqueología". En: *Sed Non Satiata. Teoría social en la arqueología latinoamericana contemporánea*, Andrés Zarankin y Félix A. Acuto eds., 117-151 (Buenos Aires: del Tridente, 1999).

colectivos sociales que protagonizaron los procesos aquí reseñados. Como en la compilación de Elson y Covey, la agencia de los sujetos está en el centro de la escena. El poder, entonces, no encarnaría exclusivamente una práctica coercitiva; la investigación interdisciplinaria debería, según Burger, dar cuenta de aquello que desde un enfoque foucaultiano puede denominarse “dimensión positiva del poder”, en función de su capacidad creativa para alcanzar objetivos.

Llegados a este punto del ensayo, es hora de proponer alguna líneas de balance general para dar por finalizado nuestro ejercicio. En primer lugar, es común a los tres libros la preocupación por dar cuenta de las percepciones nativas del espacio y de las configuraciones territoriales, en la larga duración desde tiempos preincaicos hasta la colonia temprana. Así entendido, el espacio no es el mero escenario donde transcurren los avatares históricos de las sociedades; es más que eso debido al carácter social de su constitución. Históricamente, las sociedades humanas han otorgado diferentes implicancias y tratamientos al medio geográfico en el que desarrollaron su vida social. Sin embargo, no todas han adoptado una actitud territorial, es decir, no todas han ejercido la territorialidad, ya que ésta última implica no sólo tener una conciencia del medio donde se vive sino además generar prácticas efectivas de acceso, ocupación y control de lo que (en virtud de ellas) deviene territorio¹⁷. En nuestra situación de estudio, previamente a la conquista incaica y al desarrollo del Estado colonial hispánico, la complejidad territorial nativa queda

¹⁷ Robert D. Sack. “Human territoriality: a theory”. *Annals of the Association of American Geographers* 73 (1) (1983): 55-74; Robert D. Sack. *Human Territoriality. Its theory and history*. (Cambridge: Cambridge University Press, 1986); Edward W. Soja. *Postmodern Geographies. The reassertion of space in critical social theory*. (London-New York: Verso, 1989); Anssi Paasi. “Territory”. En: *A Companion to Political Geography*, John Agnew, Katharyne Mitchell y Gearóid Ó Tuathail eds., 109-122 (Oxford: Blackwell, 2003); Marcelo José Lopes de Souza. “O território: sobre espaço e poder, autonomia e desenvolvimento”. En: *Geografia: conceitos e temas*, Iná Elias de Castro, Paulo César da Costa Gómez y Roberto Lobato Corrêa orgs., 77-116 (Bertrand: Río de Janeiro, 1995).

comprobada por el acceso a recursos y por su sofisticada fragmentación territorial, entre otros factores. Disputando el acceso a los recursos, sendos Estados expansivos intervinieron desde su propia territorialidad, reconfigurando el conjunto de relaciones sociales. Incorporar la variable territorial al análisis histórico complejiza la aproximación e ilumina nuevas aristas de las relaciones de poder.

Covey y Elson, por su parte, abordan el desmembramiento del poder Wari en las sierras centrales a partir del concepto de balcanización, es decir, la fragmentación de un poder centralizado en varias entidades políticas de menor rango. Empero, sugieren que la balcanización no debe ser contemplada como el paso a jefaturas. ¿Cómo caracterizar, entonces, esas entidades políticas? Los autores no esbozan una hipótesis de trabajo contundente para explicar el panorama posterior a la balcanización¹⁸. ¿Podría ser posible aplicar el concepto de balcanización para estudiar el período colonial temprano? ¿Cuál sería la configuración sociopolítica de las entidades desgranadas del *Tawantinsuyu* como consecuencia de la invasión hispánica desde la década de 1530?

Si de entidades estatales prehispánicas se trata, resulta muy llamativa la ausencia de trabajos (e incluso de referencias bibliográficas) en torno a Tiwanaku, poder hegemónico en los Andes meridionales durante el Horizonte Medio. Más llamativo resulta esto aún dada la profusa producción académica de los últimos años¹⁹. Por su tradición en la investigación arqueológica, por

¹⁸ Norman Yoffee y George L. Cowgill (eds.). *The Collapse of Ancient States and Civilizations*. (Tucson: University of Arizona Press, 1988); Norman Yoffee. *Myths of the Archaic States. Evolution of the earliest cities, states, and civilizations*. (Cambridge: Cambridge University Press, 2004): 131-160; John W. Janusek. "Collapse as cultural revolution: power and identity in the Tiwanaku to Pacajes transition". En: *Foundations of Power in the Prehispanic Andes*, Kevin J. Vaughn, Dennis Ogburn y Christina A. Conlee eds., 175-209 (Archaeological Papers of the American Anthropological Association, 14, Berkeley: University of California Press, 2005).

¹⁹ Bruce D. Owen y Paul S. Goldstein. "Tiwanaku en Moquegua: interacciones regionales y colapso". *Boletín de Arqueología PUCP* 5 (Lima 2001): 169-188; Charles Stanish. *Ancient Titiaca. The evolution of complex society in southern Perú and northern Bolivia*. (Berkeley: University of California Press, 2003); John W. Janusek. *Ancient Andes. Tiwanaku cities through time*. (New York-London: Routledge,

constituir un antecedente del *Tawantinsuyu* y por ser retomado por el propio linaje cuzqueño en la reconstrucción del mito de sus orígenes, creemos que una reflexión en torno a la problemática del poder durante la vigencia de Tiwanaku debería haber tenido su lugar en la revisión propuesta por los autores reseñados.

Esta última observación está íntimamente ligada con la organización general de las obras. Salvo algunas menciones en el libro de Ramírez y el artículo de Meyers, nada se dice sobre los procesos históricos acontecidos en el actual territorio boliviano. Al parecer, y a pesar de la reflexión metodológica acumulada, las intervenciones siguen estando demarcadas por las fronteras de los Estados nacionales, imposibilitando así una mirada más amplia que podría enriquecer la reflexión conjunta. Vemos entonces que las barreras no son únicamente disciplinarias, sino que el factor nacional también continúa sesgando los proyectos de investigación²⁰. Sirvan entonces estas páginas para atizar el debate en la comunidad académica. Futuras generaciones de historiadores, arqueólogos y antropólogos seguramente retomarán las líneas aquí esbozadas para ponderar sus alcances y limitaciones, y para continuar abonando a la construcción colectiva del conocimiento.

2004); Donna J. Nash y Patrick R. Williams. "Architecture and power on the Wari-Tiwanaku frontier". En: *Foundations of Power*, 151-174; Myriam N. Tarragó. "Espacios surandinos y la circulación de bienes en la época de Tiwanaku". En: *Esferas de Interacción Prehistóricas y Fronteras Nacionales Modernas: los Andes sur-centrales*. Heather Lechtman ed., 331-376 (Lima: IEP-Institute of Andean Research, 2006).

²⁰ Lechtmann. *Esferas de Interacción Prehistóricas*.